

Ven acá, mozuela. Más cerca... ¡Así! Mis cabellos blancos y mis setenta años, son una garantía para tí. ¡Si tuviera veinte! Te iba a llamar bonita con menos tranquilidad y más egoísmo que lo hago ahora. Pero, ¡que caramba! a un vegete como yo, se le puede dispensar y hasta agradecer que para mientes en que tú tienes más de bonita que yo de viejo. Y hasta tengo derecho y autoridad para decírtelo.

Te conocí chiquita, tan chiquita, que ví como emperifollada en tu faldón, te recibía un señor cura en el seno de la Iglesia; bajo esa portada, primera y precisa salida de todo buen renteriano: donde también por primera vez oí que te llamaban María del Carmen. Te he visto después caminar paso a paso por el sendero de la vida, y no te sonrojes si te digo, que ruborosa y engatusadora, he atisbado tu silueta alguna vez arrimadita a un galán ¡que ya se que tienes novio!... por ese paseo de Capuchinos donde forzosamente también todos lo's renterianos, han eléigido su soledad por confidente de sus cuitas amorosas, tonalizando el crepúsculo de la tarde con un madrigal desgranado en palabras de dulce ¡ay! ¡tan dulce! sonoridad.

Y mira si sabré tus secretillos, que tampoco ignoro que más de una vez al socaire de una distraida contemplación, frente a la Magdalena—esto fué cuando «él» estuvo creo que allá, en Tetuan—has implorado la protección de la santa pecadora allí venerada, para



que lo volviese a tus brazos lindos brazos! sano, salvo y más loco por tu cuerpo gitano que cuando se marchó.

Jadeante por el peso de mis años, ¡vaya si pesan, picaruelal, cuesta arriba, mucho más para mí que espero en no lejano día no volverla a bajar, recuerdo haberte contemplado, absorto, mudo y poseído de indefinible tristeza camino de ese campamento donde duermen nuestros muertos en el inmortal seguro de otra patria sin fin. Ibas gentil y graciosa, aureolada tu cabecita por la airosa mantilla, a ofrendar un puñado de flores ¡blancas, bellas y olorosas! al pedazo de tierra ¡santa tierra! que guarda con celos o misterio a los que en sus días de luz amaste más en la tierra.

¡Perdóname Carmencita!, perdona a este viejo que te llama hoy por excepción bonita, ya que únicamente mi mejor consuelo es recordar con cándida e infantil alegría y con íntimo y efusivo regocijo, los días ya lejanos de este Rentería, en aquellos tiempos de mi adolescencia, en que yo celebraba la fiesta de María Magdalena, que también ahora quiero celebrar puesto ya en la cumbre de la vida, evocando y recordando siempre al advenir esta litúrgica conmemoración, todos estos rincones memorables para un buen renteriano, principio, compendio y fin de una vida con sus alegrías y sinsabores.

Perdóname Carmencita, y diviértete... Estamos en Magdalenas.

F. NUÑEZ

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA PREVIA CENSURA

D. Salvador Azua

Laborioso, emprendedor e inteligente, el señor Azua es uno de los contratistas de obras más conocidos y solventes de la provincia, que goza, además de sólida reputación en la mayor parte de las provincias españolas.



Actualmente desempeña a satisfacción de quienes le designaron, y lo que es mejor, a la de todos sus convecinos, el importante puesto de primer teniente de alcalde y, por ende, el de presidente de la Comisión de Fomento. Su actuación pública es ejemplo vivo de seriedad, honradez, discreción y talento.